

Repensar los Nuevos Gérmenes Políticos

Por Fabio Moschen

El autor parte del hecho que a partir del último siglo vimos surgir los movimientos juveniles en los partidos políticos, en la iglesia, los sindicatos, en las cooperativas, y muchos de los actuales dirigentes que hoy asumen responsabilidades provienen de esos movimientos, que en todo el mundo afloraron con fuerza entre 1940 a 1950, para centrar su análisis de la nueva relación de los jóvenes con la política a partir de la gran eclosión de los años 60 donde los movimientos y las movidas generaron un escenario que aún no alcanzamos a comprender en su real dimensión.

¿Y de donde salen los políticos? Algunos responden: salen de la sociedad. ¿De donde sale el agua? Cae del cielo. La obviedad de las respuestas hay veces que nos ciegan el razonamiento para indagar en la profundidad de temas como éste. ¿Dónde están y cómo se crean las condiciones para que germinen las personas políticas?

Tradicionalmente cada organización, partido, grupo de poder, etc., creaba su propia escuela de formación política y liderazgo, considerados como los “semilleros”; los futuros sucesores naturales de los actuales cuadros políticos saldrían de allí.

En el último siglo vimos surgir los movimientos juveniles en los partidos políticos, en la iglesia, los sindicatos, en las cooperativas, y muchos de los actuales dirigentes que hoy asumen responsabilidades provienen de esos movimientos, que en todo el mundo afloraron con fuerza entre 1940 a 1950, cimentando la base de la gran eclosión de los años 60 donde los movimientos

y las movidas generaron un escenario que aún no alcanzamos a comprender en su real dimensión.

El dato a tener en cuenta es que la gran mayoría de estos movimientos de jóvenes, fundamentalmente en América Latina y a excepción de algunos universitarios, estaban tutelados por sus organizaciones mayores (el partido, el sindicato, la cooperativa) y si bien el movimiento promovía un espíritu superador y revolucionario, no dejaba de vivir de los presupuestos y los mandatos políticos que emanaban de sus tutores.

Fueron muy pocos los movimientos que se emanciparon y lograron consolidar una política e identidad propia, fuertemente arraigados en el sector del que provenían, pero profundamente comprometidos con la sociedad toda.

En su gran mayoría el envejecimiento del conjunto de las organizaciones se traduce

en una depresión constante que termina por abroquelar e inhabilitar a los jóvenes para ser actores sociales integrados en los temas y desafíos del momento.

Acaso, ¿qué partido político piensa en su organización de jóvenes para nutrirse de ideas renovadoras?; ¿Qué grupo empresario puede exhibir con orgullo a los jóvenes continuadores de sus emprendimientos y de su compromiso social?.

Aparece también otro fenómeno; quienes hoy lideran no pueden desprenderse del mundo y las máscaras de su momento, atrapados en una nebulosa temporal, no supieron construir una transición de mundos o bien fueron arrollados por la realidad; en todo caso se trata de un grave fallo en la visión prospectiva con que se debe preparar toda carrera de liderazgo.

Inhabilitados para tomar decisiones como jóvenes hoy, porque ya son adultos, condicionan sus entornos y simulan ensayos precarios intentando comprender o alcanzar lo que ya no está a su alcance: el mundo es otro.

Seguimos delegando lo indelegable en las Universidades y en las altas escuelas de formación. La construcción y el desarrollo político de las personas no vienen con los títulos, se construye y se forja en un delicado y arduo proceso que compete a cada organización asumir en la formación de sus propios líderes, propios para sí misma y para la comunidad.

No hay mayor ética para una organización que entregar sus propios líderes al servi-

cio del bien común. Todavía no dimensionamos la profunda necesidad de contar solidariamente con este compromiso de *servicio por la cosa pública*. *¿Cómo se compensa a quien asume semejante desafío? ¿Basta con el sueldo público? ¿Quién arriesga una carrera de vida si una vez que te fuiste, fuiste?*

Los datos sobre la confianza de los jóvenes en las estructuras de los mayores son demolidores. La propia UNESCO está alertando sobre esta ruptura que nos expone ante un abismo respecto de cómo cubrir y hacernos cargo de los roles políticos que la sociedad demandará.

Tenemos una solución práctica y económicamente rentable: perfeccionar la tecnocracia, pagarles muy buenos sueldos y liberarnos del problema; pero *¿estamos dispuestos a entregar las llaves de la política? ¿Conocemos realmente los costos ocultos de ese contrato “rentable”?*

No fueron pocas las alarmas que sonaron ante la actual crisis mundial al ir descubriendo que ante cada bancarrota, ante cada escándalo o ante cada país que se cae, la gran ausente fue la política, descansando en que el control de los problemas estaba en manos de los tecnócratas. Antes que los políticos (y sin eximirlos de culpa), si hay algo que abundan por obsoletos con esta crisis, son los gerentes, los especialistas (de otras épocas), y los mandos de planificación y control que por impertinencia de sus conocimientos deambulan sin rumbo en estructuras que se tambalean. *¿Quién manda?* Pregunta esencial para recuperar el sentido

y la dirección de la política del momento. La democracia se bate a duelo en estos momentos en la calles de varias ciudades del mundo. A la crisis económica que hace crujir los Estados y la Monedas y que está relegando los procesos de integración económica, debe sumarse la avalancha social que ya no tolera la desconsideración y el sometimiento. Millares y millares de jóvenes inundan las calles y las redes sociales, todo espacio público posible, reclamando la apropiación de sus vidas y su futuro. Usan los medios de la época: pocas palabras, muchos símbolos, tecnología en abundancia e inteligencia.

Egipto, Túnez, Libia, pero también Grecia, Irlanda, Portugal, España, Inglaterra y Estados Unidos. Si no son los oprimidos, son los inmigrantes; si no son los desempleados son los estafados por las hipotecas, etc. etc. La transformación social del momento está signada por una orfandad política sin igual. No nos representan! dicen las pancartas que acaban de aparecer en la Plaza del Sol en Madrid en las manifestaciones del Movimiento 15M. Argentina ya había echo sonar las cacerolas en 2001 bajo el mismo lema, pero también le dio un toque de innovación: “¡¡que se vayan todos!!”; y algunos se tuvieron que ir...

La revuelta de los agricultores argentinos en 2008 y la masiva adhesión social fue otro hecho significativo; pero pareciera que la energía puesta en las revueltas todavía no logra armonizar las bases para los nuevos consensos que deben engendrar los nuevos liderazgos. Es allí donde la orfandad y la falta de referentes hacen estragos; es como un eslabón perdido que no deja enganchar a la próxima generación.

Prestemos atención a la paradoja del momento; los jóvenes ganando las calles y liderando revueltas sociales. En cambio, los (supuestos) líderes políticos, gente adulta y bien formada, envueltos en escándalos de polleras que todos los días aparecen en los medios con un nuevo affaire. *¿Parecen adolescentes, verdad? ¿Quiénes son los que adolecen hoy día?*

Se requieren gestos y hechos de contundencia que comiencen a recomponer el interés de las nuevas generaciones, ya no por la vieja organización sino en cómo recrearla; es de mal gusto invitar a los jóvenes a habitar un cenotafio cuando éstos ya vienen de un mundo disparado en el futuro. Se necesitan establecer presupuestos específicos para la promoción del liderazgo social, que atraiga talentos, que promueva iniciativas, que contagie entusiasmo en las comunidades.

Es razonable pensar que al menos 3 a 5% de los presupuestos generales de las empresas y organizaciones públicas y privadas, dependiendo de su envergadura y características, estén destinados a estos fines. Se trata del sostenimiento de la red humana que lidera, moviliza y es responsable por el conjunto de quien integran la organización.

Diversos modelos de movimientos juveniles, universidades, escuelas, fundaciones, etc., pueden servir de referencia para la instrumentación de una práctica endógena que debe orientarse socialmente. Obsérvese que no hablamos aquí de formar o educar para el trabajo o las funciones de las personas; hablamos de formar para liderar e impulsar un tipo liderazgo que hace foco en el desarrollo personal y comunitario.